

Suscripciones de Madrid
y venta de números
Plaza de Matute, 2



El Cascabel

A los suscritores por año
se les regala
el mejor de los Almanaques.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS

MADRID 6 DE FEBRERO DE 1876

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS
NÚMERO ATRASADO MEDIO REAL

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2, LIBRERÍA: MADRID.

COSAS DEL DÍA.

Hace pocos días que el Pretendiente escribía á uno de sus partidarios, residente en París:

«Ya se aproxima el momento que durante tantos años he deseado: dentro de muy poco se habrán cumplido mis más fervientes deseos.»

Ignoro si ha continuado consagrándose á la literatura epistolar: en caso afirmativo ha podido decir en varias cartas:

«¡Albricias! La conservacion de Valmaseda me preocupaba y el general Quesada he hecho la tontería de restablecer la comunicacion con Bilbao, apoderándose de nuestros fuertes y trincheras.»

«Una nueva enhorabuena exijo de tu amistad. En vista de lo que embarazan en la guerra los cañones, he dejado que me tomen ocho en tres días las tropas liberales, á los que sin tanto impedimento, podré batir mejor.»

«¡Qué feliz soy, amigo mio! Los liberales están ya en Santa Bárbara y un día de estos tendrán que rendirse al elemento civil de Estella. Esto marcha á las mil maravillas.»

«Hace tiempo que venia ocupandome en la conveniencia de suprimir la aduana de Dancharinea, porque los diez ó doce mil duros mensuales que producía no compensaban la necesidad de tener dos ó tres empleados en ella. Pues bien, para que veas lo afortunado que soy, ya no tengo ese cuidado. El brigadier Blanco me ha hecho el favor de apoderarse de dicho punto.»

«Los temores que me manifestabas respecto á la posibilidad de que algunos de mis servidores abandonaran mi causa y se marcharan á Francia, no tiene ya razon de ser. El ejército liberal ha cubierto la frontera por la parte de Navarra.»

«¡No vuelvo de mi asombro, amigo mio! ¡Querrás creer que el ejército liberal me deja casi expedito el camino de Madrid y ni siquiera ha abierto una mala trinchera junto á la Côte? Decididamente, soy el mortal más afortunado, el rey más eminente y el hombre de mas talento que existe!»

No todos sus partidarios piensan ya de este modo, y muchos de ellos se han acogido al indulto con que nuestro gobierno les ha brindado. Ya se ha dado el caso de presentarse por compañías, y nada de extraño sería que lo hicieran en lo sucesivo por batallones.

Después de esto, el Sr. de Pretendiente tiene el recurso de hacerse llamar por su ayuda de cámara *el invencible*, ó cosa así, en el caso de que logre escapar de nuestros soldados, entretejiendo nuevos láuros á los que conquistó en Oroquieta.

Lo triste del asunto es que la marcha del ejército ha sido señalada por nuevos y sangrientos combates, y que no se ha podido complacer al Pretendiente tomándole fuertes, artillería y fábricas de armas, sin que hayan sellado con la vida su fidelidad muchos y heroicos individuos del ejército. Entre ellos se cuentan el joven oficial Urbina, ayudante de Primo de Rivera, muerto al atacar á un grupo faccioso, el coronel del regimiento del Rey Sr. Ortega y el brigadier Verdú, hombre preclaro en las ciencias y en la milicia. Respecto al Sr. Ortega, basta para enaltecer eternamente su memoria las palabras que pronunció al espirar. «Si algun día llegara Vd. á ver al rey don Alfonso, dígame Vd. que muero gustoso, porque mi sangre no será estéril para la consolidacion de su trono.»

Respecto á otros mártires desconocidos del deber, cuya falta de la lista es acaso la primera noticia que se tiene de su sacrificio, tampoco será estéril su abnegacion. Sus hechos, ya que no sus nombres, constituirán en lo futuro ejemplo impecadero de fidelidad y valor. ¡Que nuestros soldados se inspiren en él y el reinado de D. Alfonso cerrará para siempre el perio-

do de las perturbaciones y España recobrará su perdida importancia y su anterior ventura!

La Asociacion de escritores, celebró el domingo último, conforme anunciamos, su junta general, para conocer los trabajos efectuados durante el año anterior, la Memoria redactada por nuestro amigo Ossorio y Bernard; es un documento curiosísimo, así por las noticias que encierra, como por la habilidad con que el autor supo presentarlas. El impresor Sr. Tello, que habia impreso ligeramente el folleto, manifestó á la Sociedad que renunciaba á percibir su importe, declaracion que le valió grandes y justos aplausos.

Procedióse acto continuo á la eleccion de cargos, resultó reelegida la junta con ligerísimas modificaciones hijas de la necesidad. Quedó, pues, en la presidencia el Sr. D. Cayetano Rosell; en ambas vicepresidencias los Sres. Arrieta y Puebla; como inspector el irremplazable Campo y Navas, como secretarios Ossorio y Bernard y Bueno, y en concepto de vocales Saldoni, Sans, Galdo y el director de EL CASABEL. Prescindiendo de esta última persona, todas las demás son muy difíciles de sustituir, si la Sociedad ha de seguir en el camino de su desarrollo.

Quedamos, pues, en que á pesar de los ataques de algunos escritores, la generalidad de los mismos atenderá como hasta aquí á sus intereses y velará por la vida de una Asociacion que atiende á sus individuos en sus enfermedades, vela por sus derechos y lleva el consuelo á las viudas y huérfanos de los que nos abandonan.

Se ha establecido en Madrid una sociedad de Geografía, que promete alcanzar vida más próspera que la que, con el mejor deseo, fundó hace años el Infante D. Sebastian Gabriel.

Parece que consagrará una de sus primeras sesiones á investigar dónde se encuentra *el ardiente polo* de que habló un esclarecido poeta.

Ya tenemos en campaña un nuevo periódico, *La Correspondencia Industrial* que, por dos cuartos da al comprador un ejemplar del mismo y una caja de fósforos. Todavía no pierdo la esperanza de que alguna otra empresa nos dé por dos cuartos un periódico, dos onzas de salchicha, un billete para el teatro de Apolo, un cigarro peninsular y un abono para cortarse el pelo.

Un triste espectáculo hemos tenido durante la semana anterior en Madrid. El patíbulo ha vuelto á levantarse en la Pradera de Guardias y en él han sufrido la última pena las desdichadas que hace un año asesinaron á la señora viuda del general Pierrad.

Como de costumbre, el lugar de la ejecucion y los caminos que llevan á él han sido una verdadera romería; la concurrencia ha sido numerosísima y el pueblo de Madrid ha tenido el mal gusto de abandonar sus tareas habituales para presenciar los últimos momentos de dos mujeres, que si fueron muy criminales, no merecian ciertamente escuchar al propio tiempo que las exhortaciones de la religion, las alegres risas de una muchedumbre, sorda á todo dolor ó arrastrada por una curiosidad censurable.

Es de esperar que nuestros legisladores, persuadidos de la escasa ejemplaridad de la pena capital, la dulcificarán un tanto, prohibiendo la prolongacion del tormento de los reos en el largo trayecto que deben recorrer desde la cárcel hasta el sitio de la ejecucion.

Y basta por hoy con esta indicacion, hecha tambien ya anteriormente por algunos ilustrados colegas.

LOS DOS VALORES.

Al Sr. Director de EL CASABEL.

Mi querido amigo: Acabo de recibir su atenta carta, en que me acompaña unos renglones cortados de un periódico, y me pregunta qué es lo que pienso del hecho que se refiere en estos renglones. No es esta la primera vez que Vd. ha sentido curiosidad por saber lo que yo pensaba en determinado asunto; lo que prueba que dá Vd. á mis opiniones importancia, que agradezco mucho, por lo mismo que no la tienen. Valga lo que valga mi opinion, no tengo valor para desairar la peticion de Vd., hija de su benevolencia para conmigo.

El corresponsal de un periódico cuenta, desde San Sebastian el día 23 del mes último, haber salido aquella mañana, con direccion á las trincheras carlistas, siguiendo á una columna alfonsina que mandaba un brigadier; y como detalle puramente curioso, y mercedamente encomiástico de aquel valiente jefe, refiere que, cuando el peligro era mayor, contrastaba la impasibilidad del brigadier con el abatimiento y exagerado temor de un aldeano que servía de guía á la columna, pues el aldeano, al oír silbar las balas carlistas, pidió al jefe que no pasaran más adelante, porque sinó iban á morir todos. Después que el brigadier le contestó que debía avergonzarse de su flaqueza de ánimo al ver cómo avanzaba la tropa sin reparar en el peligro, el labrador guardó completo silencio y siguió su camino, únicamente arrojándose al suelo cada vez que el enemigo lanzaba una descarga de fusilería ó disparaba una batería de montaña.

Esto es, fielmente referido, lo que el corresponsal cuenta sin que se vislumbre la menor emocion en su relato y antes bien, considerando el hecho como cosa en que no hay asunto para conmover á nadie ni entrar en consideraciones filosóficas, y sí solo para interesar la curiosidad, encomiar el valor de la columna, y sobre todo el de su dignísimo jefe, y afeor el poco espíritu del aldeano que caminaba delante de ella.

Como no sería esta la primera vez que se interpretase torcida y calumniosamente lo que escribo, antes de satisfacer el deseo de Vd., y sospechando que destine Vd. á su ameno periódico esta árida carta, debo prevenir una nueva y torcida y calumniosa interpretación, recordando que nadie tiene derecho, ni le ha tenido nunca, á suponerme ni aun á sospechar en mí aficiones carlistas, porque desde niño empecé á demostrar que no las tenía, primero odiando al carlismo por instinto, y luego odiándole por razon. El que tenga rabo de paja huya del fuego; yo, que le tengo de amianto, que dicen que es incombustible, no tengo por qué huir.

He puesto por epígrafe á esta carta el que Vd. verá, porque hay dos valores muy distintos en apariencia, y en realidad muy semejantes: uno de ellos es el valor del soldado que lucha con el enemigo en defensa de la patria, y el otro es el valor del ciudadano que lucha con la adversidad en favor de la familia. El sentimiento del deber y el patriotismo inspira el primero, y el sentimiento del deber y el amor inspiran el segundo. La gran diferencia de estos dos valores consiste en que en el soldado es bajeza temblar al oír el silbido de las balas, y en el padre de familia lo es el no temblar al oír ese silbido. El soldado, peleando con el enemigo de la patria hasta vencerle, hace lo que debe. El padre de familia, peleando con la adversidad hasta vencerla tambien, hace asimismo lo que debe: en uno es bajeza no esperar las descargas de pié derecho, y en otro es nobleza esperarlas echándose al suelo.

Todas estas amplificaciones tienen mucho de pleonismo, ya lo veo, pero tengo tal convencimiento de la razon de lo que digo, que todo me parece poco para procurar decirlo de modo que se entienda.

El aldeano, de cuya pusilanimidad como que quiere reirse el corresponsal, (que por cierto ha probado más de una vez que sabe pensar como discreto y sentir como bueno), ocupaba contra su voluntad, al frente de la columna, el puesto más peligroso, y á los ojos del enemigo, el más odioso; tenía esposa é hijos,

cuyo único amparo eran su amor y su fortaleza para luchar con el trabajo y la adversidad; probablemente las convicciones más profundas de su alma, aunque fuesen erróneas, vinculaban la justicia en el campo carlista; si moría, pensaba tal vez que no debían esperar él ni su familia honra de parte de los alfonsinos, y debían esperar ignominia de parte de los carlistas; caminando el primero en dirección á los carlistas, el primer peligro era para él; según su conciencia, ningún deber cumplía arrojando aquel peligro; como nunca había esperado alcanzar pan ni honra por medio del valor y la pericia del soldado y si sólo por medio del valor y la pericia del labrador, solo este valor y esta pericia había procurado adquirir, y sólo este valor y esta pericia había adquirido; quizá aquellas balas que silbaban á su alrededor eran disparadas por los compañeros de su infancia, quizá lo eran por sus propios hermanos, y por consiguiente pensaba que si le alcanzaba una, hasta esta idea había de agravar su último dolor; y por último, la dulce vida del hogar y del amor aparecía á sus ojos con todos sus encantos en aquellos momentos en que se creía más lejos que nunca de volver á aquella vida.

Concedamos que todas estas suposiciones sean ciertas, que esto fuese, esto tuviese, esto sintiese y esto creyese el aldeano que guiaba á la columna hacia los carlistas, y primero suplicó al brigadier que no pasasen más adelante, porque se exponían todos á morir, y cuando el brigadier afeó su flaqueza de ánimo, siguió su camino en silencio, y cuando el enemigo lanzaba una descarga de fusilería ó disparaba una batería de montaña, se arrojaba al suelo; concedamos que todas estas suposiciones sean ciertas, porque cuando menos son verosímiles, y de suposiciones pasemos á afirmaciones.

El señor brigadier que mandaba la columna, emprendió casi desde niño la carrera de militar, en cuya profesión la primera virtud y por consecuencia el primer elemento de honra y de prosperidad es el valor; casi desde niño se familiarizó con esta idea, y cada vez adquirió más fé en ella; tiene esposa é hijos y hogar, y piensa en ellos con amor entrañable, pero sabe que el valor y la serenidad es en él el principal medio con que cuenta para honrarlos y servirlos; si muere en el campo de batalla, le sobrevivirá la gloria, que alcanzará á su linaje y su familia; en resumen, el señor brigadier que mandaba voluntariamente la columna cumplía con sus deberes de bueno arrojando las balas carlistas con valor y serenidad, y el aldeano que contra su voluntad la guiaba, cumplía con el suyo esquivando aquellas balas.

Desde que la defensa de la patria está fiada á los ejércitos permanentes y no á los ciudadanos puramente civiles, no hay razón para que éstos se avergüencen cuando se les echa en cara que carecen de valor, ni para que se envanezcan cuando se les dice que son valientes. Yo puedo ser un ciudadano honradísimo y un gran servidor de la patria, aunque no tenga valor para oír un fusilazo sin desmayar, porque sin este valor, que para nada necesito en mi condición completamente civil y extraña á la milicia, puedo tener el único que necesito, el único con que puedo honrar á la patria y á la familia, que es el valor para luchar con la adversidad y el trabajo.

Bien está que se desprecie al militar que carece de valor, porque carece de lo principal para cumplir con su deber; pero despreciarme á mí porque me asuste del silbido de una bala cuando nada tienen que ver mis ocupaciones ni mis deberes con la ocupación ni el deber de andar á balazos, sería un absurdo y una injusticia que la razón y la equidad rechazan.

El señor corresponsal que tan discreto suele ser cuando describe y juzga los heroicos hechos de nuestro ejército, no lo fué cuando como que encontraba motivo de vituperio y extrañeza en la conducta del aldeano que no quería sacrificar su vida en aras de deberes que no eran los suyos. La extrañeza que le causa la conducta del pobre guía me recuerda una fábula de Príncipe. Un carnicero juraba y votaba, cuchillo en una mano y la otra en un carnero que pugnaba por huir de él.—¿Qué es eso, hombre? le preguntó un sugeto que pasaba por allí y veía su indignación y había oído sus improperios al carnero.—¿Qué ha de ser! contestó el carnicero cada vez más indignado, que este infame carnero no se deja matar!

El carnero de la fábula para no dejarse matar solo tenía una razón: el natural instinto de conservación; pero el aldeano que guiaba contra su voluntad la columna hacia las líneas carlistas que enviaban á su encuentro la muerte, sobre no tener como el militar la razón de la gloria y del cumplimiento del deber, columna triangular (como decía el pretendiente D. Carlos en una de sus elucubraciones sacadas á relucir por el Sr. Caso) de todas las virtudes de su profesión, para afrontar la muerte, tenía grandes razones para no dejarse matar, y estas razones eran las de que su vida

no era suya, que era de su esposa, de sus hijos, de su conciencia.

Es natural que uno acuda á la experiencia propia para explicarse lo que ve y examina en sus semejantes. Por eso yo acudo en este instante á la mía para explicarme con la posible precisión y claridad la conducta del brigadier que mandaba la columna y la del aldeano que guiaba esta última. Apenas cumplí diez y ocho años me hicieron militar, hasta cierto punto, es decir, me hicieron miliciano nacional de Madrid, aunque lo fuí pocos meses, porque conociendo que Dios no me llamaba por aquel camino, apenas se me ofreció ocasión legal de volver á la vida puramente civil, devolví las armas al que contra mi voluntad me las había endosado y llevé mi desafección á la profesión de guerrero, que hasta entregué con ellas el uniforme, que era mío pues yo le había costado.

Tocóme durante mi corta vida militar una campaña activa de algunos días, en que oí silbar las balas de los pronunciados que cercaban á Madrid, estando de centinela en la huerta de Santa Bárbara. Tan poseído estaba yo entonces de que debía ser valiente, á pesar de que era soldado forzoso, que como uno de mis compañeros osase ponerlo en duda, la indignación y la vergüenza encendieron mi rostro, y á ser yo un verdadero valiente, hubiera habido allí, con tal motivo, la de Dios es Cristo. Que me vengan ahora á acusar de cobarde y verán con qué frescura oigo tal acusación.

Resumen de todo lo que queda dicho: el brigadier que mandaba la columna por su voluntad y el aldeano que contra su voluntad la guiaba, cumplían respectivamente con el más sagrado de sus deberes, el primero enseñando la cara á la muerte sonriendo y el segundo enseñándole la espalda horrorizado. Hago mía la conducta del segundo y hago del Cid Campeador la conducta del primero.

Con que ya sabe Vd., querido amigo, cuál es en el asunto que me consulta, la desautorizada opinión de

ANTONIO DE TRUEBA.

UN POETA.

Villaviciosa de Odon, es, según tímbrase que ya no lucen, villa importante (históricamente considerada), en la provincia de Madrid, partido judicial de Navalcarnero, diócesis de Toledo. Cuenta en la actualidad unos trescientos vecinos, y data su importancia de la preferencia que mereció á un rey de España, el cual buscó retiro y halló muerte en su recinto. Un llamado castillo, que aún conserva, dá testimonio de aquel honor, ostentando en una de sus estancias, la más reducida por cierto é indigna bajo todos conceptos de haber sido elegida morada régia, una inscripción modesta que dice, poco más ó menos, lo siguiente: «Aquí murió, en 10 de Agosto de 1759, el rey de España D. Fernando VI.»

Todos sabemos efectivamente que el hijo de Felipe V, postrado al rigor de profunda melancolía, se cerró con sus penas en Villaviciosa, después del fallecimiento de su muy amada consorte doña María Bárbara de Portugal, princesa del Brasil.

A ello le excitaron sin duda especialmente—aparte la soledad del sitio, que apetecía—las condiciones topográficas de la población, situada en amena llanura, admirablemente fértil y risueña, á pesar de su proximidad á la corte, cuyas cercanías son tan áridas por todas partes.

Hermosísimo es el horizonte en Villaviciosa: huertas abundantes en exquisitas frutas y verduras, extensos plantíos, que rinden cosechas ponderadas, hacen del antiguo alojamiento de Fernando VI plácido albergue en la temporada de verano, cuando la salud reclama al madrileño descanso para el ánimo y descanso para el cuerpo; aire más puro y más gratas imaginaciones.

Allí van, pues, en los meses de Junio á Setiembre, muchas familias de la corte, y allí me encontraba yo dos años hace, gustando también, más que las delicias de Villaviciosa, las ventajas del alejamiento de Madrid. A mí el campo, más que por ser campo, me place porque no es ciudad. Me explico perfectamente la barbaridad atribuida á cierta dama, que se condolía con amargura de que no se construyeran las ciudades en el campo.

Una mañana leía yo—lo recuerdo todavía—los desvarios de Proudhon en sus *Ideas revolucionarias*, cuando me sorprendió agradabilísima inesperada visita, que me hizo un doble beneficio, arrancándome el libro de las manos. Después de comer con el que desde

luego fué mi huésped, díjome éste quería reunirse á un su amigo que en su breve expedición le había acompañado.

—¿Cómo! —le increpé—¿Y dónde le dejaste?

Su contestación me alarmó. Se había quedado en la posada del pueblo, casa de un solo piso, á cuya descripción renunció... sin sacrificio.

Allí le hallamos, con efecto: era el amigo en cuestión, joven de unos veintiseis años, de rostro moreno y ojos melancólicamente expresivos, muy cumplido y muy simpático. Algo es la simpatía, y asimismo la antipatía, que brota instintivamente, como afección aquella, como repulsión ésta, de parte de un individuo respecto de otro: fuerza es confesar que si alguna ley rige tal fenómeno, es caprichosa y arbitraria á veces. Ninguno más simpático, por regla general, que el calavera ó libertino; dígame D. Juan Tenorio, que entusiasmo á nuestro público todos los años en determinada época. Ahí está, por el contrario, el D. Pedro de *El Café*, tipo en quien personificó Moratin la honradez y la ilustración en una pieza, antipático é inaguantable hasta lo sumo. Hay personas que nos son simpáticas sin saber por qué, y las hay en cambio, que nos son repulsivas sin motivo.

El que esto escribe ha presenciado lo siguiente: Comparecía ante un tribunal cierto denunciado por haber maltratado de obra á un sugeto respetable. «No sé á qué atribuir la ofensa, decía el ofendido: entre el señor y yo no median las más leves relaciones; ni sé quién es, ni nunca nos hemos hablado...» «Es cierto, alegó el otro, no le conozco á Vd. más que de vista; pero desde que le ví por vez primera, añadió, dirigiéndose al juez, ¡tenia gana de pegarle un palo!»



En el joven de la posada se justifica por completo la simpatía que al punto inspira. Dada su fisonomía triste, no supe su nombre sin extrañeza. Era su compañero, que me lo presentó, el actual Sub-gobernador de Eciija, mi primo Adolfo Malats; llamábase aquel José Campo-Arana, el colaborador del Sr. Ramos Carrion en lindísimos juguetes cómicos, que á todos nos han procurado momentos de solaz. Creía por ello que había de ser necesariamente hombre alegre como unas castañuelas: á semejanza de lo que creen del gracioso los personajes de *La familia improvisada*.

En aquella tarde oí recitar al Sr. Campo, y estoy ya dentro del objeto de los presentes renglones, algunos de los versos que acaba de coleccionar con el título de *Impresiones*. ¡Qué bien me sonaron los que componen el delicado poemita que llama *Nube de verano*! ¡Con qué placer saboreé un soneto que en balde he buscado ahora en la colección!

Y le oí con deleite y con sorpresa. Conocía ya en efecto, su nombre como escritor cómico, no le conocía, empero, como poeta lírico. A la mayor parte de mis lectores le sucederá quizás lo propio. El autor de *Torrelaguna*, *Perro*, 3, 3.ª izquierda, *El paño de lágrimas* y otras chistosas comedias, apenas ha publicado ninguna composición lírica. Y de ello puedo dar fé con alguna seguridad, porque yo que no ejerzo la alta literatura, gozo modestamente satisfacción dulcísima estudiando cuanto las bellas letras producen en España.

Afición, en verdad, que en ocasiones me ha conducido á haber de aguantar pensamientos como el siguiente, que he sorprendido en cierta obra nueva, de cuyo nombre no quiero acordarme: «Para conocer las condiciones de la mujer á quien amamos, el medio mejor es sobornar á sus criados.» ¡Qué elevación de ideas! En el mismo libro se habla del *árabe caballo*. Elegante-habláste-mente.



El prólogo á las poesías de D. José Campo-Arana, firmado por el aplaudido arreglador del *Hamlet* D. Carlos Coello, hace de aquellas, aunque breve, notable análisis. Las impresiones de Campo-Arana, dice el prologuista, producirán impresiones en el lector. Yo adiviné realmente al poeta á través de unos cuantos versos. Hoy, leídas sus cincuenta composiciones coleccionadas, lo que fué intuición se trueca en convencimiento: quien así canta debe á Dios la inspiración que á pocos es concedida.

Basta, para comprenderlo, abrir el tomo.

Armonía incomparable alienta en la preciosa cantilena *La guitarra*, dedicada con tino, atendidas sus condiciones de fondo y forma, á mi querido amigo y compañero en *El Comercio Español*, Andrés Ruigomez, que en breve publicará su segunda novela, *Salvavilla*, nueva prenda de su valer y segura base de su reputación como pintor de costumbres. Oid en qué hermosa estrofa describe el poeta *el lugar de la escena en La guitarra*:

«La luna se esparcía
sobre la playa,

el mar, dormido, con su blando arrullo
la acariciaba,
y lejos, de la brisa
vagando en alas,
se escuchaban los sonos misteriosos
de la guitarra.»

Repetidas veces he leído este canto, en mi sentir uno de los mejores de la colección. Y para fundar el aserto, debo declarar que en poesía prefiero las galas de la descripción ó la narración y el arranque del sentimiento á las profundidades de la lucubración filosófica: quiero que los versos tengan más de gorgojo de ave que de lección de pedagogo.

En general, el Sr. Campo-Arana es precisamente poeta de sentimiento. Ahí está su *Melancolía* que sirve de Introducción al libro, en la cual se retrata y «hace su programa», como dice el Sr. Coello; ahí están *El anochecer*, elegantísimo romance, lleno de poética tristeza, *Junto á la cuna*, ¡Más! ¡Es verdad? y otras muchas de sus rimas,—la mayor parte.

Su musa es la tristeza; cantando la tristeza, destaca su genialidad: sin que deje de mostrarse á veces poeta pensador. En la composición que á D. Ramon de Campoamor dedica, engarza rasgos como este:

«Sabía que halla paga más subida
una prudente infamia que se vende
que una loca inocencia que se entrega.»

en donde la desconsoladora verdad del pensamiento se armoniza espléndidamente con el acierto en la expresión. Aduce luego el criterio con que la sociedad decide en crímenes de amor y afilando el sarcasmo, exclama (en referencia á la historia de un perjurio):

«Solo recuerdo...
que el que la refería,
—que puedo asegurar era hombre honrado
ó al menos todo el mundo lo decía—
comentando el dolor del engañado,
me le mostró en la calle... y se reía!»



Aun hay poetas en España: aun luce el sol de la gloria en el pedazo de cielo que cobija este pedazo de tierra, siquiera entre nosotros mismos haya quien se complazca en enturbiar sus rayos.

Y casi á un tiempo que las poesías de Campo-Arana, á quien dedico estos apuntes, he leído un poema de Campoamor, á quien acabo de aludir. A confundir á sus detractores, probándoles con hechos que «en poesía hace lo que quiere y como quiere,» destina, entre otros, según sé, el poema á que me refiero, titulado *La Música*: delicioso poema que lo prueba en efecto plenamente, y que ha desvanecido una sombra que á mis ojos oscurecía la reputación del inventor de las Doloras. Yo no podía acostumbrarme á la idea de que «R. de Campoamor,» más bien que firma de uno de mis autores predilectos, fuera razón social que significase, por ejemplo: «Victor Hugo y Compañía.»



Desde nuestra despedida en Villaviciosa de Odon, puede decirse que no he vuelto á ver al cantor de las *Impresiones*: reciba en estas líneas mi saludo el poeta inspirado, que se revela ahora al público, si entonces se reveló á mi humilde juicio; y perdone el lector la digresión constante en que me pierdo inevitablemente, cuando corre la pluma sin freno á su capricho.

De los descuidos de este artículo, que son muchos, indemnizaré al lector cumplidamente, si la adquiera, como yo le recomiendo, la bella colección de poesías que D. José Campo-Arana acaba de publicar.

F. JAVIER UGARTE.

EL CENTINELA AVANZADO.

Sobre elevada montaña
donde el frío intenso hiela
y luna creciente baña,
alerta está un centinela
con capote de campaña.

La nieve en copos ligeros
teje su vellón de espuma
por aquellos ventisqueros,
cubriendo cual blanca pluma
montes, valles y senderos.

Ningun ruido ni rumor
el más lejano se siente,
todo calla en derredor,

solo aumenta sordamente
de la nieve el espesor.

Inmóvil allí el soldado
no cesa de vigilar
el punto por él guardado;
mas yerto teme quedar
entre la nieve enterrado:

Que el ambiente es puro hielo,
y el infeliz no se mueve
de aquel mortífero suelo,
cubierto de espesa nieve,
sin más albergue que el cielo.

Al par que mengua su vida,
crece un sentimiento fijo
en el alma dolorida,
no abrazar amante hijo
á su madre tan querida.

Adios pueblo, adios rincón,
donde pasé gratos días
de juvenil ilusión;
¡cuán breves las alegrías,
Señor, en el mundo son!

Solo en tu piedad confío,
exclamó de fervor lleno;
no me ha abandones, Dios mío:
y con ánimo sereno
redobló su ardiente brío.

De su fibra varonil
siente romperse los lazos;
hace un esfuerzo febril,
sujetando entre sus brazos
el homicida fusil.

Así en lucha desigual
fué el soldado resistiendo
largo tiempo por su mal;
pero al fin, desfalleciendo,
cayó en la nieve glacial.

Mas siempre en la diestra mano
viase el fusil guerrero,
que el deber le dió tirano,
para asesinar certero
quizás á su propio hermano.

La muerte con mano helada
fué extinguiendo en progresión
aquella vida animada;
tan solo su corazón,
péndulo humano, oscilaba.

En medio de la agonía
que el frío mortal le anuncia,
reconcentra su energía.
¡Madre, adios! débil pronuncia,
y despues... ¡Perdon, María!...

La luna se fué alejando
de aquel helado desierto,
el yerto rostro besando
del pobre soldado muerto,
que la nieve iba tapando.

Todo en silencio quedó,
el alba empezó á asomar:
en esto el cabo llegó;
al soldado helado halló,
y otro ocupó su lugar.

R. T. M. DE LUNA

BELLEZA PERJUDICIAL.

Han de saber Vds., mis carísimos lectores, que yo soy andaluz para lo que gusten mandar.

Hago esta salvedad, porque como á mí no me conoce nadie como aprendiz de literato, y por ende es costumbre que uno sepa con quien habla, antes de que me vayan Vds. á preguntar en qué bodegón hemos comido juntos, bueno será que sepan quién es el mozo que así se mete en la Villa y Corte como trasquilado por iglesia.

Decía que soy andaluz, y les aseguro á Vds. que me dan tentaciones de no hablar más en lo que á mi persona se refiera... ¡y así lo hago!

¡Señores, yo soy andaluz... y basta!

Vine á Madrid en el mes de Agosto. Llevo pues, medio año en la Corte de España, y puedo asegurar, sin temor de condenarme, que estoy en ella muy á mi gusto.

Aquí todo me es simpático y agradable. Las mujeres, sobre todo, me gustan muchísimo.

Pero cátrate, amigo lector, que en esto precisamente consistió mi desgracia.

Yo padezco una pícara enfermedad que ni con las drogas del Dr. Garrido me sería dado curarme. En-

fermedad que, los que no aprecian las cosas por sus verdaderas causas, y si por los efectos que producen, han dado en llamarle *amor*.

Ello es que yo estoy muy malito.

Pero como quiera que no es posible que un hombre solo ame á todas las mujeres bonitas que encuentra en su camino, yo rechazo enérgicamente el diagnóstico, que sin andarse por las ramas, han hecho cuantos me conocen y por mí se interesan.

Yo quisiera ser médico ó cosa por el estilo, para explicarme con más claridad y precisión; pero habré de tener paciencia, puesto que ya no se puede uno hacer médico ni letrado en veinte y cuatro horas, de cuya habilidad han dado pruebas—gracias á la libertad de enseñanza—más de un conocido mío, de cuyos buenos oficios, en sus respectivas facultades, me libre la Virgen Santísima.

Así pues, allá va lo que, gracias á las observaciones que tengo hechas, he podido sacar en claro de este estado aflictivo en que mi pobre individuo se encuentra.

En primer lugar, yo no tengo vicio conocido si se exceptúa el del tabaco.

Un jugador no piensa más que en ganar dinero.

Un borracho en la *turca* que tomó el día anterior ó en la que tomará, si Dios no lo remedia, al día siguiente; porque de lo que tiene encima ninguno se acuerda.

En fin, en este mundo, á pesar de que por regla general todos los hombres gustan de las mujeres, se suelen olvidar de ellas, algunos más de lo que fuere desear; sobre todo de la propia.

Pero yo no soy así. Como no tengo vicios, nada ayuda á distraerme de mis penas.

Me gustan todas las mujeres que veo.

Altas, bajas, gruesas, delgadas, rubias, morenas, y sobre todo, las que no son altas ni bajas, ni gruesas ni flacas, ni morenas ni rubias.

Esas mujeres que tienen de todo; de todo cuanto puede desearse; ¡hasta talento!

La mujer que inmóvil haría una deliciosa estatua, no es mi bello ideal. La admiro, pero no me enloquece.

La belleza estética es apreciada por mí, pero de un modo relativo. Una mujer que no es más que bonita, le falta algo. Y un algo que, ni el dinero, con ser tan poderoso, puede dárselo.

Cuando yo siento que me dan mareos, que me flaquean las piernas, que se me ponen las orejas frías y me falta la respiración, estoy seguro de que muy pronto voy á ver una mujer deliciosa. Y en efecto, no falta.

Como hay mujeres deliciosas, las hay bonitas, hermosas, encantadoras, fascinadoras, etc., etc. Hay otras que solo son simpáticas.

Por supuesto que las antipáticas yo no las creo mujeres. Pero hay un tipo ideal de mujer, que es la causa de que yo no esté bueno.

Lector, ¡Dios te libre de una belleza *irritante*!

Una mujer *irritantemente* bella es la pesadilla de sus amigas y la condenación de sus amigos.

Se meten por los ojos con la sutileza que las espinas de higos chumbos por la epidermis, que pican y no se ven.

Ignoro lo que será el odio de estas mujeres; pero me aterroriza la idea de tener que luchar con ellas. No se crea por esto que he sido amado. No; ignoro, por desgracia, qué será esto, por más que lo imagino.

Pero hay otra cosa más terrible que ser odiado de estas mujeres.

Preferiría el odio, no de una, de cien mujeres de belleza *irritante* á su indiferencia.

¡Hay nada más triste, más desesperado que pasar junto á una de estas mujeres, sin que por casualidad fijen su vista en uno?

Yo no soy jorobado, ni tuerto, ni cojo, ni manco, ni siquiera soy chato. Y, sin embargo, el otro día ví á una de estas mujeres—no diré dónde, para que no se dé tono—que, á pesar de haber estado junto á mí largo rato, no se dignó mirarme una vez sola.

El día que yo llegue á ser ministro universal—porque yo llegaré á ser ministro universal; ya lo verán Vds.—Ese día, digo, voy á dar un decreto... ¡que ya!

«En atención á lo perjudicial que es, en ciertos temperamentos bilioso-nervioso-enamorados, la vista de las mujeres belle-provocativas, de acuerdo con mi Consejo—digo, no—con mi ministro universal, vengo en disponer lo siguiente:

»Artículo único. Las mujeres que, sin dolerse del prójimo, se permitan una belleza *ofensiva*, en el término de tres días, á contar del en que se publique este decreto, usarán un tupido velo en el rostro cuando á la calle salgan.

»Artículo adicional. Queda prohibida igualmente la *elocuencia de caderas*.»

Este artículo adicional tiene más trascendencia que parece. ¡No os ha ocurrido nunca el deseo de ver la cara de una mujer, que con paso firme y ademan

resuelto, marchaba delante de vosotros? Seguramente que sí: esto lo han hecho todos los hombres del mundo.

Pero lo que á todos no les ha ocurrido es el triste desengaño de hallar una cara horriblemente fea, en vez del adorable rostro de ángel que se habían prometido.

Pues bien; prohibida terminante la *elocuencia de caderas*; el problema está resuelto; puesto que con ello se evitarán emociones que solo serían convenientes á los que padeciesen de hipo.

Ya os he dicho, lectores míos, la causa de mi enfermedad y lo que es más aún, la medicina que con el tiempo he de propinar.

Pero ¿quién me responde de que para cuando llegue el remedio aun es tiempo de combatir la enfermedad?

Me ocurre, sin embargo, una idea, y me voy á permitir pedirles á Vds. su opinión, antes de ponerla en práctica.

He pensado—¡por supuesto, que no vayan Vds. á contarlo en el Casino ó en la Iberia!—He pensado, digo, robar una de esas mujeres, y llevármela muy lejos; donde ni el diablo dé conmigo!

Una vez en ese paraje poético—porque yo buscaré un poético valle donde la *secuestrada* hermosura se aburra lo menos posible—la *estudiaré prácticamente*.

Si después de seis mesecitos, ¿para qué más? de un detenido estudio *sobre el terreno*, no logro desimpresionarme, aun me queda un medio, que, aunque arriesgado, tal vez produzca el efecto que se desea.

Yo he oído contar, que teniendo mucho miedo á los muertos un aprendiz de médico, optó por estrecharlos contra su corazón.

Pues bien, con un heroísmo digno de loa, yo haré lo propio con la más despeluznante belleza de toda la cristiandad.

Excelente pensamiento, que me envidio á mi mismo y que pondré en práctica antes que termine Enero!

Porque Enero es un mes...que tiene treinta y un días!

Ahora solo me resta suplicarles á Vds. que si la *Correspondencia* se nos viene un día de estos con un sueltito, dando cuenta á sus lectores de la desaparición de una muy conocida señora de esta Corte, ni por un ojo se permitan la más leve indicación que pudiera dar conmigo en el Saladero.

¡Ah! si no muero de resultas de lo fuerte del *medicamento*, haré público el remedio, omitiendo nombres propios, se entiende, á fin de que la humanidad doliente pueda aprovecharse de mis grandes desvelos.

Si muero...si muero haré que mis herederos pongan en mi tumba:

Aquí yace Don Fulano,
peregrino, tente y reza;
que murió este ciudadano
de un *empacho de belleza*.

EVARISTO RAPELA.

CASCABELES.

Muy útiles servicios puede prestar la Sociedad de Geografía, inaugurada el miércoles por iniciativa del Ministro de Fomento, director general de Instrucción pública y otras ilustradas personas.

Los carlistas, para evitar que las tropas se apoderasen de sus fábricas de Vera, las han destruido.

Ya me parece que van oliendo los carlistas que llega para ellos la hora de echar á correr.

Dice *El Cuartel Real*, que en las montañas de Navarra se ventila el porvenir del mundo.

Lo que se ventila es la suerte definitiva del carlismo, que sólo quedará en la historia como la mayor calamidad que ha afligido á España.

Al obispo de Avila y á varios escolapios, les correspondió un premio en la lotería de Navidad, y lo van á destinar á establecer una escuela en Manzanares.

No se puede emplear mejor y más útilmente el dinero.

Todo el mundo elogia estos días las operaciones de los generales del Norte contra los carlistas. Quesada, Martínez Campos, Moriones, Primo de Rivera, Loma, Blanco, todos, en fin, están dando pruebas de valor y superior inteligencia militar.

La patria agradecerá siempre á estos valientes que hayan acorralado á los tenaces y ciegos partidarios de un extranjero, empeñado en vano en imponer su voluntad á una nación generosa y noble, que detesta la odiosa bandera del absolutismo.

Patrocinada por el Rey, se vá á hacer una edición de las obras del malogrado y popular escritor D. Antonio Flores.

Celebramos que se publiquen nuevamente las obras de aquel peregrino ingenio.

El Rey de España dá en esta ocasión una nueva prueba de su amor á las letras y de su interés por los que las cultivan.

Con gusto vemos cuánto se interesa el ministro de Fomento, señor conde de Toreno, en todo lo que se refiere á instrucción pública.

El conde de Toreno ha demostrado antes en el Ayuntamiento, y demuestra ahora en el ministerio, la mayor actividad y el más solícito celo en pró de los verdaderos intereses del país.

Mucho se debe esperar de los buenos propósitos y de la inteligencia del ministro de Fomento para la prosperidad de las bellas artes y de las letras y las ciencias.

La zarzuela *La Marsellesa*, es una obra muy buena y muy oportuna. Aparte de lo bien combinado del argumento, de la belleza de la versificación y de todas las buenas condiciones lírico-dramáticas que tiene, se encuentra en ella una delicada sátira contra los delirios demagógicos, que puede servir de provechosa enseñanza. Felicitemos á nuestro amigo Ramos Carrion.

La Sra. Zamacois, la Sta. Franco y el Sr. Sanz están muy bien en *La Marsellesa*. El Sr. Tormo está acertadísimo, demostrando que es el primero entre los tenores cómicos.

Gran éxito ha logrado en la Zarzuela la de los señores Ramos Carrion y Fernandez Caballero, titulada *La Marsellesa*. Lo celebramos mucho.

De *La Defensa de la Sociedad*, copiamos la bella composición *El centinela avanzado*, escrita por el distinguidísimo catedrático de química, nuestro amigo, Sr. Torres Muñoz de Luna.

Es muy curioso y útil el *Compendio de Mnemotecnia, ó arte de ayudar á la memoria*, que ha escrito nuestro amigo D. Manuel Joaquín Pascual. Este tratadito se publicó antes en la Revista *Los niños*. Véase el anuncio.

Dispense la apreciable persona que nos remite un suelto, haciendo notar cierta falta gramatical, y garrafal, de un colega que acostumbra censurar duramente las levas de los demás, si no publicamos la atinada observación que dicho suelto contiene. Por lo mismo que el periódico aludido se complace desde hace algunos días en zaherir al nuestro, debemos evitar hacer lo mismo.

Aumentan las rentas de loterías y de tabacos.
Todo lo que es vicio siempre va en aumento.

Unas señoras de Barcelona han ofrecido á D. Cárlos una bandera de seda muy maja.

Me parece que muy poquito tiempo la va á usar.

En la banderita hay un San Miguel con esta inscripción:

«Yo soy el general de los ejércitos de Dios, y ahora vengo.»

¡Y puede que crean esas señoras que eso es religión.

Hay ahora un puñado de escritores que, dándose aires de sábios, ponen todo su conato en zaherir y maltratar á los que tienen más fé en la moral cristiana y en la religión católica que en las filosofías más ó ménos revesadas de ciertos autores modernos. Para aquellos escritores todo el que habla de Dios, todo el que respeta la religión, todo el que no se desata en improperios, ó burlas á lo ménos, contra ella y sus ministros, todo el que no cree en la infalibilidad de Krausse y Sanz del Río, es un pobre hombre, un ignorante.

Yo creo que los que tanto hablan de libertad, de tolerancia, de respeto á los opiniones, debieran dar ejemplo respetando las de los que no están conformes con las suyas.

Digo, me parece.

Es gracioso que hable de aficiones de los demás al Presupuesto un periódico como *El Pueblo*, cuyo propietario cuando fué ministro, por chiripa, dió improvisadas altas posiciones á su hermano y á los redactores del colega. Y en verdad que nosotros no le censuramos en aquella época por tan notables improvisaciones, teniendo en cuenta los deberes de compañerismo.

El cuaderno 5.º que se acaba de repartir de la *Historia Contemporánea, Anales desde 1813 hasta la conclusión de la actual guerra civil*, por D. Antonio Pirala, contiene, entre otros capítulos interesantes, los siguientes: Partido montemolinista.—Nueva guerra civil.—Tristany, Cervera, Tarrasa.—Breton y Pavía.—Efectos del fusilamiento de Tristany.—Acciones é incremento de la guerra.—Breve campaña de Concha y nueva de Pavía, con datos del mayor interés, que hoy tienen grande oportunidad; y en la parte política se ocupa del ministerio Sotomayor, de la régia desavenencia y sus deplorables consecuencias durante aquel ministerio, el de Pacheco y el de Salamanca.—Intrigas.—Regicidio frustrado.—Clausura de las Cortes.—El ministerio y el rey.—Intentos de ministerio progresista.—Venida de Narvaez.—Intervención española en Portugal.—Proyecto frustrado de un ministerio Alaix.—Concordia régia.—Actos políticos y rentísticos.—Nueva legislatura.—Propósitos liberales de Narvaez.—El 26 de Marzo y 7 de Mayo de 1848 en Madrid. El 13 de Mayo en Sevilla.—Inútiles esfuerzos.—La fuerza del gobierno.—Despedida de Mr. Bulwer.—Dictadura ministerial.—Apertura de las Cortes.—Cuba. Trabajos de emancipación.—Roncali releva á O'Donnell.—Conspiración frustrada.—Filipinas, y varios documentos comprobantes de verdadero interés, que aumentan el que tiene esta publicación de grande importancia.

IMPRESA DE EL CASCABEL: Cid, núm. 4. (Recoletos).

ANUNCIOS.

A REAL LA LINEA.

Se reciben en la Administración: Plaza de Matute, núm. 2, librería.

A REAL LA LINEA.

COMPENDIO DE MNEMOTECNIA Ó ARTE DE AYUDAR Á LA MEMORIA.

Un folleto en 8.º francés, á 4 rs. en las librerías de Murillo, Alcalá, 18; Olamendi, Paz 6, y Hernando, Arenal, 11. Las muchas personas que de provincias han dirigido pedidos al autor de esta nueva publicación, pueden hacerlo á dichos puntos.

MUJERES DEL EVANGELIO

CANTOS RELIGIOSOS

escritos por el malogrado

LARMIG

Segunda edición aumentada con el precioso canto,

LA HIJA DE JAIRO

Obra recomendada por la censura eclesiástica.

Se vende á 4 rs. para toda España en la Administración de EL CASCABEL, Plaza de Matute, 2.

MUJERES CÉLEBRES

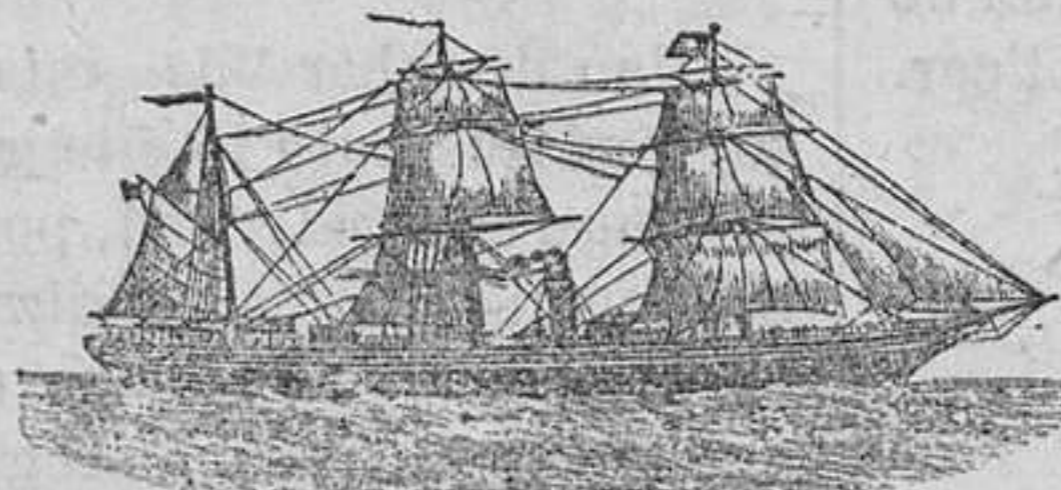
DE ESPAÑA Y PORTUGAL.

Esta obra, empezada á publicar en 1867 bajo los auspicios de S. M. la Reina madre, Doña Isabel II, se halla hoy completamente terminada á costa de grandes sacrificios, por parte de la casa editorial. Los que gusten suscribirse á tan importante obra, debida á la elegante pluma de D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, pueden dirigirse á la Administración, calle de la Platería, número 65, principal, Barcelona, y en las principales librerías de toda España, en donde se les servirá la suscripción con toda puntualidad. Los suscriptores de 1867 que á causa del cambio político del año siguiente no pudieron continuar la suscripción, pueden dirigirse á la misma, para completar tan importante obra.

EL LIBRO DE LOS ORADORES

POR TIMON.

Dos abultados tomos, 12 rs.—Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias.—Los pedidos á la librería de Llordacho, Plaza de San Sebastian, 5, Barcelona.



VAPORES CORREOS

DE A. LOPEZ Y COMPAÑÍA

PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Desde el mes de Noviembre queda establecido un nuevo servicio de tres viajes mensuales, del modo siguiente:

De Cádiz, los días 16 y 30, para Puerto-Rico y Habana.

De Santander el día 20, para idem, tocando en Coruña.

De Coruña el día 21, para Puerto-Rico y Habana.

De la Habana los días 5 y 25 para Cádiz.

De idem el día 15 para Coruña y Santander.

Más informes de los agentes en

Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripol y compañía.—Santander, Angel B. Perez y compañía.—Coruña, E. De Guarda.—

Valencia, Dart y compañía.—Alicante, Faes hermanos y compañía.—Madrid, Julian Moreno. Alcalá, 28.

LOS NIÑOS.

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA

POR D. C. FRONTEIRA.

Todos los padres de familia deben suscribir á LOS NIÑOS á sus hijos.

Un año en Madrid, 40 reales.

» » en provincias, 50 »

Por seis meses 22 y 28 respectivamente.

Dirigirse á la Administración,

Plaza de Matute, núm. 2, librería.

BIBLIOTECA DE LA RISA.

CUENTOS

DE BOCCACCIO.

Se han publicado tres tomos á 4 reales cada uno. Véndese en las principales librerías de Madrid y provincias.—Los pedidos á *La Anticuaria*, Plaza de S. Sebastian, núm. 5, Barcelona.